



P!ensa

ENCUESTA DE
OPINIÓN POLÍTICA

2026

Septiembre 2026

BOLETÍN EOP 2026

Los primeros meses de José Antonio Kast: aprobación, expectativas y el nudo de la clase media

Pedro Fierro¹
Investigador P!ensa

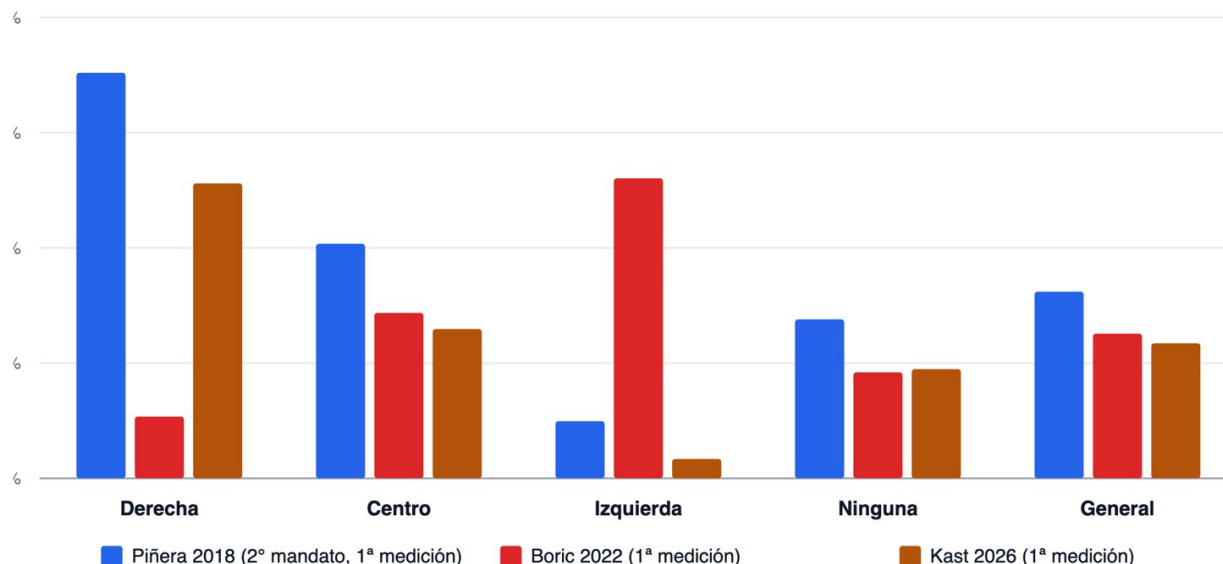
José Antonio Kast asume sin la tregua que suelen conceder los primeros meses de gobierno. A los primeros meses de gestión, tres series de datos del Estudio de Opinión Pública (EOP) muestran ángulos distintos de un mismo fenómeno: una aprobación que parte dividida y sin el respaldo pleno de su propio sector, una ciudadanía cuyas expectativas se derrumban antes de cumplirse el primer trimestre y un malestar económico que golpea con particular fuerza a la clase media. Este boletín recorre esos tres hallazgos y muestra cómo se conectan entre sí.

1. LA AUSENCIA DE LUNA DE MIEL

Aprobación presidencial en el primer año

Aprobación presidencial según ideología — primera medición de cada gobierno

Piñera (2018) · Boric (2022) · Kast (2026) — % que aprueba la gestión, ponderado, NS/NR incluidos en la base



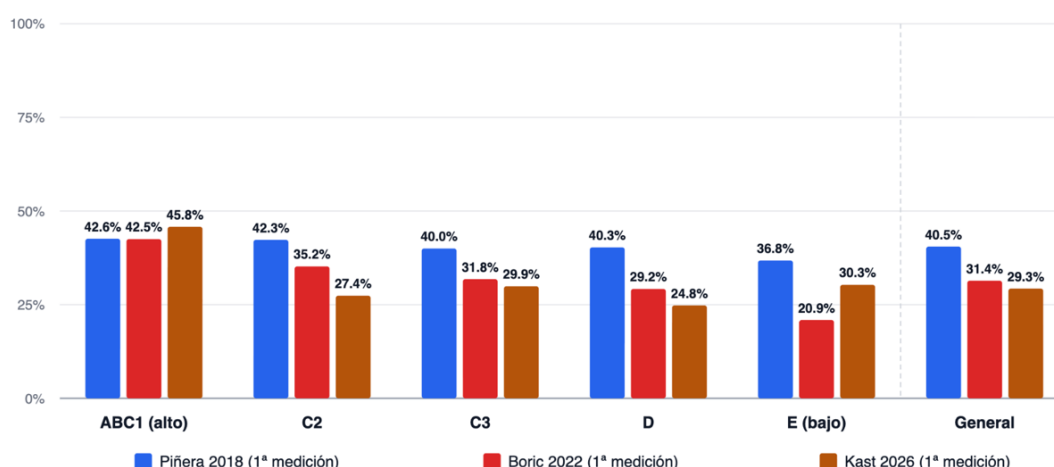
¹ Pedro Fierro es investigador de Fundación P!ensa. Completó su PhD en la Universidad de Navarra y su Postdoctorado en LSE. Además, es académico de la Escuela de Negocios y la Escuela de Gobierno de la UAI.

Comparado con sus dos antecesores en su primera medición, Kast parte con un patrón de apoyo particular. Piñera partió con un respaldo casi unánime de la derecha (88,0%); Kast parte con una derecha bastante más dividida (64,0%), 24 puntos menos, señal de que su coalición de origen no lo respalda con la misma cohesión. En ese sentido, Kast se parece más a Boric que a Piñera: el apoyo que recibe de su propio sector (64,0% entre la derecha) es del mismo orden que el que recibía Boric del suyo (65,1% entre la izquierda), y muy distinto del arrasador 88,0% de Piñera.

Donde sí aparece una diferencia clara es en el rechazo opositor: solo 4,2% de la izquierda aprueba a Kast, frente al 13,4% de la derecha que aprobaba a Boric en su momento — el rechazo desde la vereda contraria es proporcionalmente mayor para Kast que el que enfrentó Boric. En el agregado, Kast (29,3%) y Boric (31,4%) parten en niveles generales similares, ambos bien por debajo del 40,5% con que partió Piñera en 2018.

Aprobación presidencial según nivel socioeconómico (SES) — primera medición

Piñera (2018) · Boric (2022) · Kast (2026) — % que aprueba la gestión, ponderado, NS/NR incluidos en la base



Con estos datos, el patrón por nivel socioeconómico (SES) cuenta una historia bastante distinta para cada mandatario. Piñera 2018 tuvo un apoyo transversal: su aprobación se mueve en una banda muy estrecha, con apenas 5,8 puntos entre el extremo más alto y el más bajo, sin un quiebre claro por clase social.

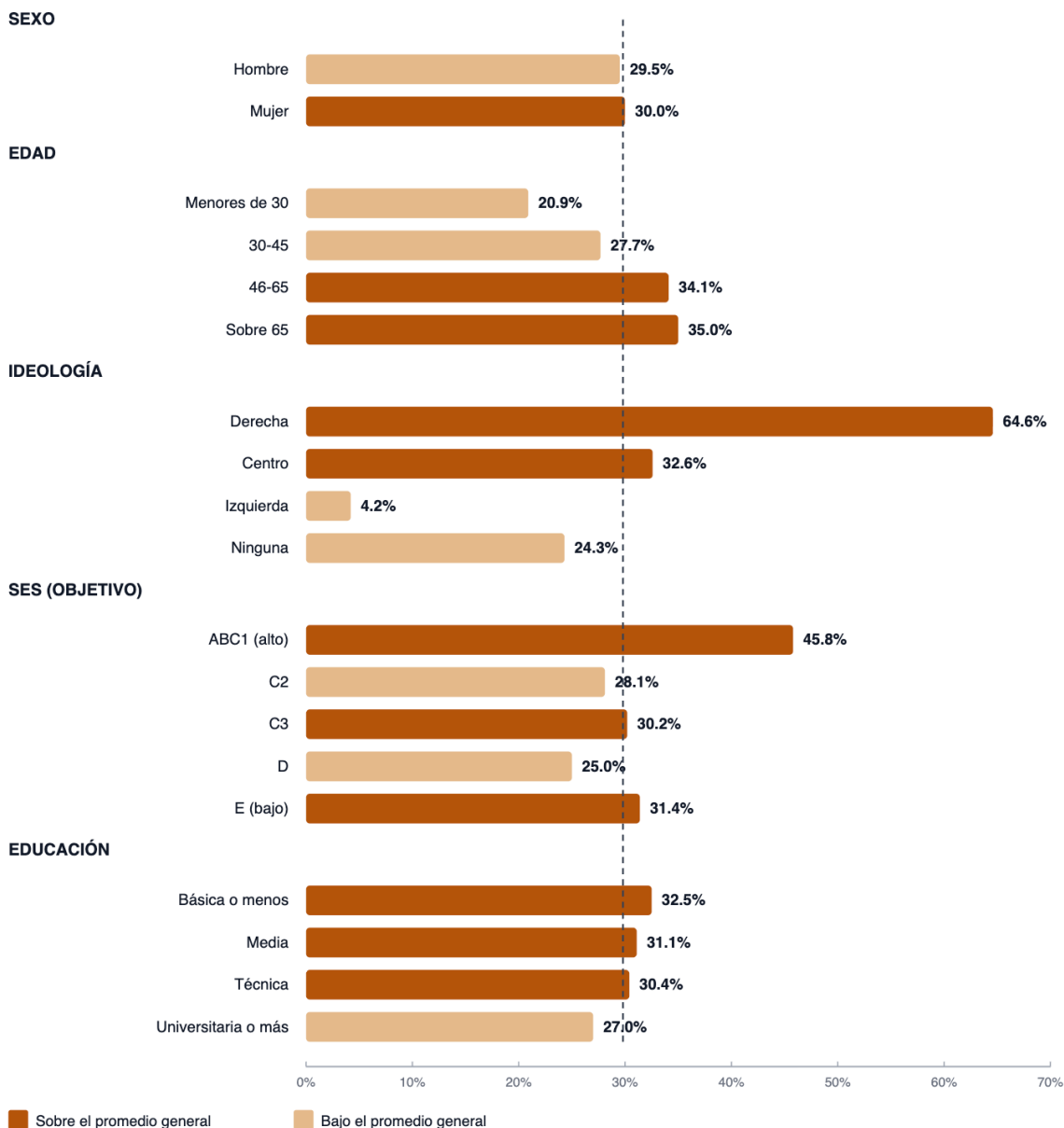
Kast 2026 muestra el patrón inverso: un apoyo concentrado en los extremos, con un hueco marcado en el medio. Parte fuerte en ABC1 (45,8%, su mejor cifra, incluso por sobre Piñera y Boric en ese segmento) y mantiene un piso relevante en E (30,3%), el sector más vulnerable. Pero en el tramo intermedio se desploma: C2 cae a 27,4% y D a apenas 24,8%, ambos por debajo de su propio resultado en E — a Kast le está yendo peor en la clase media que en el segmento más pobre. La clase media, que en el caso de Piñera era un bastión sólido de apoyo (42,3% y 40,3%), es hoy su punto más débil.

Boric 2022, en contraste, sigue una lógica más “clásica” y monótona: apoyo alto en ABC1 (42,5%) que decrece de forma bastante lineal hasta su piso en E (20,9%) — el patrón inverso al de Kast, con la izquierda más fuerte arriba y más débil abajo, sin el quiebre en el medio.

El perfil de quienes aprueban a Kast

% que aprueba la gestión — primera medición, EOP 2026, ponderado, NS/NR incluidos en la base salvo ideología (excluida)

Línea punteada = promedio general (29.8%)



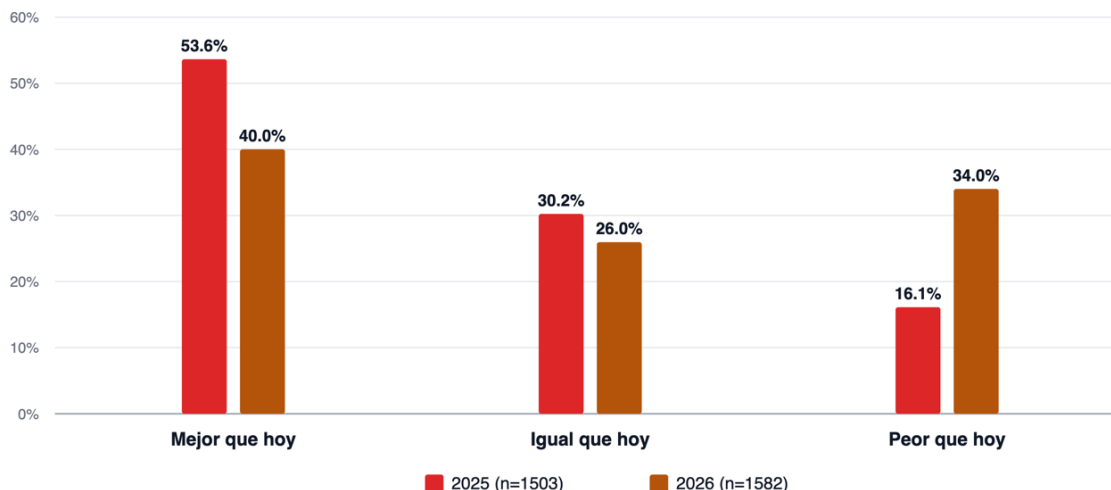
El perfil de quienes hoy aprueban a Kast confirma esta lectura. El rasgo más definitorio no es demográfico sino ideológico y etario: Derecha (64,6%) muy por encima del resto, e Izquierda (4,2%) casi nula. Por edad, el apoyo crece con los años (20,9% en menores de 30 → 35,0% en mayores de 65). Por SES, ABC1 vuelve a destacar (45,8%) mientras el resto de los grupos se mueve parecido entre sí (25%-31%). Sexo y educación, en cambio, apenas discriminan quién aprueba y quién no.

Esta ausencia de luna de miel —un respaldo estrecho, concentrado en su propio sector y en los extremos del espectro socioeconómico— es el telón de fondo sobre el que se leen los dos hallazgos siguientes.

2. EL QUIEBRE DE LAS EXPECTATIVAS

Expectativas sobre el futuro de Chile a 3 años

"Pensando en 3 años más, usted diría que el futuro de Chile será..." — % ponderado, excluye NS/NR



El deterioro no se limita a la evaluación del mandatario: también alcanza a la mirada sobre el futuro del país. El optimismo cae fuerte entre 2025 y 2026 — “mejor que hoy” baja de 53,6% a 40,0% (-13,6 puntos), mientras “peor que hoy” más que se duplica, de 16,1% a 34,0% (+17,9 puntos). El balance neto (mejor menos peor) pasa de +37,5 puntos en 2025 a apenas +6,0 en 2026: la expectativa positiva sobre el futuro del país prácticamente se desploma en el primer año de gobierno, acercándose a un empate entre optimistas y pesimistas.

De las expectativas a la evaluación: un giro hacia lo negativo

Expectativas antes de asumir (escala 1-5) vs. evaluación a los 90 días (escala 1-7) — % ponderado, Gobierno Kast 2026



Ese mismo quiebre se repite, de forma aún más abrupta, cuando se pregunta por temas concretos. Antes de asumir, la ciudadanía tenía una mirada relativamente equilibrada —aunque ya inclinada hacia el pesimismo— sobre los tres desafíos que enfrentaría el nuevo gobierno: las expectativas negativas superaban levemente a las positivas en fiscal (37,2% vs 34,1%) y delincuencia (43,5% vs 33,5%), y la brecha era más amplia en inmigración (47,7% vs 28,9%), el tema que partía con el peor pronóstico. En ningún caso había, sin embargo, un consenso pesimista: entre un tercio y dos quintos de la población todavía esperaba un manejo positivo.

Tras los primeros meses, ese equilibrio se rompe por completo. La evaluación positiva (notas 6-7 de una escala de 7) se desploma a un solo dígito en los tres temas —7,9% en fiscal, 6,5% en delincuencia, 9,5% en inmigración—, mientras la mala evaluación (1-4) se dispara por sobre el 75% en todos los casos, alcanzando su punto más alto en delincuencia (81,1%). El giro no es solo de magnitud: es un cambio de naturaleza. Ya no hay una opinión pública dividida entre optimistas y pesimistas, sino un consenso crítico transversal.

Lo más revelador es que el orden de los temas se invierte. Inmigración —el área con las peores expectativas iniciales— termina siendo la que retiene la evaluación positiva menos golpeada (9,5%). Delincuencia, en cambio, pasa de ser el segundo tema más criticado en expectativas a convertirse en el que concentra el mayor rechazo hoy (81,1%): es el área donde la distancia entre lo que se esperaba y lo que se percibe ha resultado más costosa para el gobierno. En conjunto, los primeros meses no solo no lograron cumplir un umbral mínimo de expectativas ya moderadas, sino que erosionaron incluso la base de apoyo optimista con la que el gobierno había partido en cada uno de estos frentes.

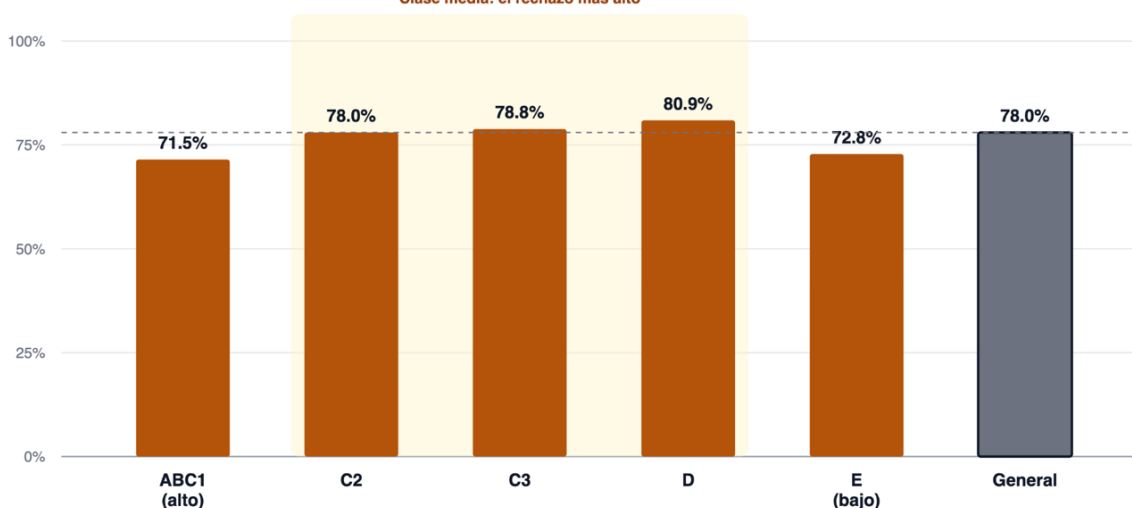
Este derrumbe de las expectativas no ocurre en el vacío: como muestra el siguiente hallazgo, hay un segmento social donde el malestar por decisiones concretas de gobierno se concentra con especial intensidad — la clase media.

3. EL ASUNTO DE LA CLASE MEDIA

Mala evaluación del manejo del alza de combustibles, según SES

Gobierno Kast, 2026 (H3_3) — % que evalúa con nota 1-3 (de 7), ponderado, NS/NR incluidos en la base

Clase media: el rechazo más alto



El patrón que aparece acá es prácticamente un espejo del que vimos en la aprobación presidencial de Kast por SES: la clase media vuelve a ser el segmento donde el gobierno la pasa peor. El rechazo al manejo del alza de combustibles no cae de forma pareja en toda la escala social — sigue una curva en forma de U invertida: es relativamente más bajo en los extremos (ABC1 con 71,5% y E con 72,8%, los dos únicos segmentos bajo el promedio general de 78,0%) y se dispara justo en el tramo intermedio, con su punto máximo en D (80,9%), seguido de cerca por C3 (78,8%) y C2 (78,0%).

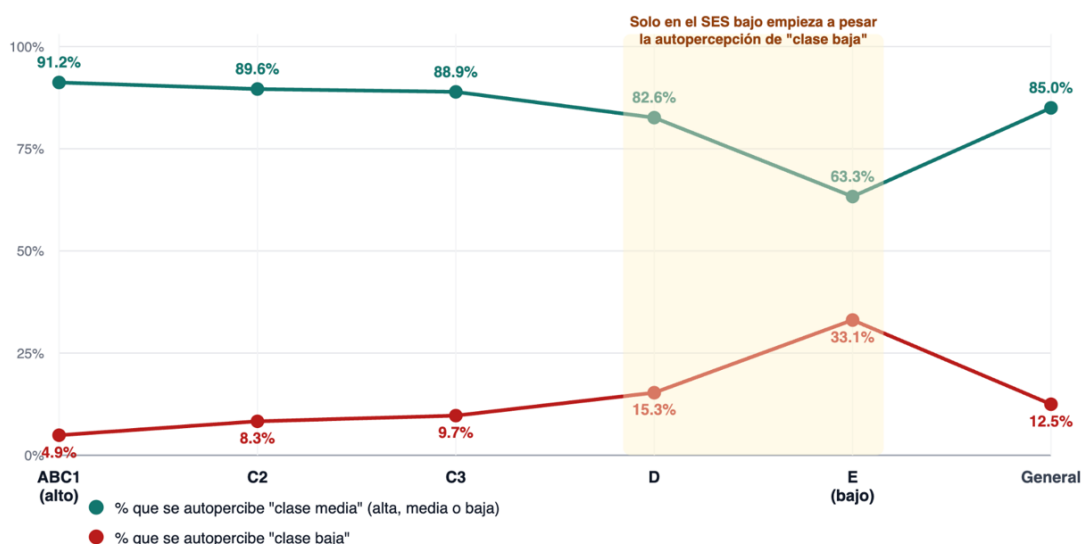
Esto reproduce casi exactamente la lógica de la aprobación general del gobierno: no es solo que a Kast le cueste conectar con la clase media en términos de imagen, sino que esa distancia se sostiene también al evaluar una medida concreta y de alto impacto en el bolsillo, como el alza de los combustibles. Para los sectores medios —más sensibles al costo de vida, sin los amortiguadores de la protección social que tienen los sectores más vulnerables (E) ni el margen económico de los sectores altos (ABC1)— esta política golpea (al menos en sensaciones) con particular fuerza.

¿Por qué la clase media reacciona con tanta dureza? Parte de la respuesta está en cómo se perciben a sí mismos los propios encuestados. El cruce entre el SES objetivo y la clase social autopercibida muestra que hay una correlación clara y monótona entre ambas: a medida que baja el SES, cae la proporción que se percibe en “clase media alta” y “clase media”, y sube la que se percibe en “clase media baja” y “clase baja”. Pero el hallazgo más llamativo es otro: la “clase media” autopercibida es enorme y traslapa casi todo el SES objetivo. El 45,1% de la muestra general se identifica como “clase media” a secas, cifra que es alta incluso en los extremos: 57,8% en ABC1 y 17,4% en E. “Clase media” funciona casi como una categoría por

defecto, no como un reflejo directo del SES. De hecho, casi nadie se ubica en “clase alta”: incluso en ABC1, solo 1,1% se autopercibe así — la inmensa mayoría de ese grupo se ve como “clase media alta” (15,3%) o derechamente “clase media” (57,8%). En el otro extremo, “clase baja” tampoco domina en E: solo 33,1% de quienes están en el SES más bajo se autoidentifican como clase baja; el resto se reparte entre clase media baja (45,5%) y clase media (17,4%).

Casi todos se sienten "clase media", sin importar el SES

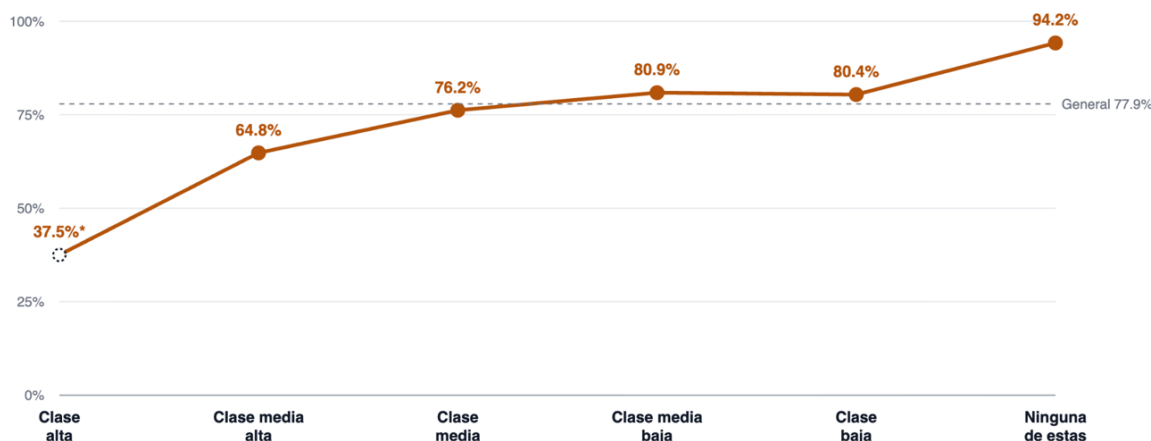
% que se autopercibe "clase media" (amplia: media alta + media + media baja) vs. "clase baja", por SES objetivo — EOP 2026, ponderado



Si se agrupa “clase media alta + media + media baja” en una sola “clase media amplia”, esta categoría concentra 91,2% en ABC1, 89,6% en C2, 89,0% en C3, 82,6% en D y 63,3% en E: la enorme mayoría de la población se percibe como clase media en algún matiz, independientemente de su posición real en el SES, y solo en el segmento más bajo (E) empieza a ceder terreno frente a la autoidentificación como clase baja.

Mala evaluación del alza de combustibles, según clase subjetiva

% que evalúa con nota 1-3 (de 7) el manejo del alza de combustibles, por clase social autopercebida (Z14) — EOP 2026, ponderado



*Clase alta: n=2, resultado no confiable, se muestra solo por referencia.

Y es justamente esa clase subjetiva la que mejor predice el rechazo a las medidas de gobierno: el patrón acá es monótono, distinto al que veíamos con el SES objetivo (donde el rechazo caía en los extremos y se concentraba en el medio). Con la clase subjetiva, el rechazo al manejo del alza de combustibles crece de forma casi lineal a medida que la autopercepción de clase baja: 64,8% en “clase media alta”, 76,2% en “clase media”, 80,9% en “clase media baja” y se mantiene alto (80,4%) en “clase baja”. Tiene sentido: la clase subjetiva capta mejor la vulnerabilidad económica sentida frente al costo de vida, mientras que el SES objetivo —basado en indicadores estructurales como educación, ocupación o vivienda— no necesariamente refleja cuánto le “duele” a alguien un alza de precios en su día a día.

EN SÍNTESIS

Los tres hallazgos convergen en un mismo diagnóstico. Kast inicia su gobierno con una base de apoyo estrecha y polarizada, sin el margen de confianza que suelen conceder los primeros meses —y ese margen se ha erosionado incluso más rápido de lo esperado, hasta dejar en un solo dígito la evaluación positiva en los temas que más preocupan a la ciudadanía—. En medio de ambos procesos, la clase media aparece una y otra vez como el punto más sensible: el segmento que menos aprueba al presidente, el que peor evalúa sus medidas concretas, y el que —a través de su autopercepción de clase— vive con mayor intensidad el costo de las decisiones económicas del gobierno. Si esa brecha con la clase media no se cierra, el desafío de Kast dejará de ser solo comunicacional para volverse, derechamente, un problema de base política.